

Negro

Omegar Martínez

El juego de espejos entre un autor y su personaje, entre la falsificación y la realidad, permite al joven escritor Omegar Martínez urdir, en este cuento, una trama plena de sorpresas y vueltas de tuerca.

—Lo necesito pronto, Torres, pronto.

Torres, sentado frente al gran escritorio de Amancio A. Fulle, lo mira impávido.

—¿Cuándo lo puede tener, Torres?

A Torres le duele la espalda y no sabe qué decir. No ha dormido bien en muchos años y está perdiendo el pelo pero tiene en el banco dinero suficiente como para adquirir un apartamento nuevo en cualquier ciudad del mundo.

—¿Para cuándo lo necesita? —pregunta al fin.

—Para final de mes.

Torres se pone los nudillos de la mano izquierda en los labios y los mordisquea, una de sus manías más frecuentes. Desvía la mirada hacia la ventana de la habitación y mira las copas de los árboles. El estudio de Fulle es lo que uno esperaría: miles de libros empastados en piel adornan las paredes, hay papel y diarios por todos lados, fotos de él con otras personas famosas por aquí y por allá; sobre el escritorio unas lupas, un abrecartas que bien visto parece más un puñal, un pisapapeles, una lámpara con un foco que amarillea. Amancio A. Fulle se frota una ceja como hace en la televisión cada que lo invitan. Hay un silencio pesado. Es justo ahora, como viene haciendo desde hace más de quince años, que Torres le pide más dinero y que él regatea, pero accede. Sabe que la exigencia no es poca y que ha rendido muy buenos frutos.

Al día siguiente Torres toma un vuelo a Lagos. En realidad no puede aprovechar el vuelo: ya tiene muchos episodios parecidos y, como no le sucede nada interesante como sentarse junto a una mujer engañada en busca de una aventura o a un espía encubierto, decide tomar pastillas para dormir. El sueño no es reparador, tiene una pesadilla en la que Amancio A. Fulle,

disfrazado de un gran aguacate, le exige que cuente su historia como si estuviera dentro de un higo. Haga de cuenta que es usted el mismo higo, Torres, le dice, usted es el higo. Cuando despierta, pocas horas antes de llegar a su destino, se da cuenta de que nunca antes había soñado con frutas. Torres, quien es relativamente moreno, en Nigeria siente que resalta como John Travolta en un traje blanco, ése de la película disco. No importa, ya lo ha hecho antes y esta vez no tiene por qué ser diferente: a fuerza de convencerse a sí mismo, y de pasear por ahí observando a la gente, Torres se convierte en africano. En realidad, piensa, debí haber sido actor; sería un actorazo, de hecho. Esa noche, después de comprar un arma, le envía el primer avance a Amancio A. Fulle, quien le contesta diciendo que la cosa parece ir bien, que por favor no se demore. Puesto que las cosas parecen ir por buen camino, al día siguiente Torres no sale de su habitación de hotel, sino que se dedica a preparar sus notas y a repasar las acciones a realizar. No le queda mucho tiempo: tendrá que sacrificar la personalidad en pro de la acción.

Amancio A. Fulle espera en un camerino a que sea el momento de salir al set. Se acomoda el pañuelo y las mancuernillas. Siempre que aparece en público va elegante puesto que sabe que la imagen es lo más importante que puede tener una persona como él. Da credibilidad, proyecta seguridad, impone respeto. Durante el programa, la conductora, una mujer bien intencionada pero un poco sosa, le pregunta lo de siempre, pero al momento de aceptar preguntas del público, una muchacha lo interpela:

—¿Conoce usted a Ernesto Torres? ¿Es cierto que es él quien es...?

Amancio A. Fulle se frota la ceja y la interrumpe.

—Señorita, usted me va a perdonar, pero éstos son puros cuentos: no conozco a ese tal Ernesto Torres de quien habla, y lo demás son necedades que inventan los envidiosos.

El productor del programa indica un corte y, no bien se apagan las luces, AAF, como lo conocen sus fans, se levanta de su asiento sin decir palabra, va hasta el estacionamiento donde lo espera su coche y se va a su casa, sin terminar el segmento en vivo del programa. El productor tiene que llenar los minutos restantes con un grupo de variedad que canta *La negra Tomasa* en versión tango.

Torres llega al restaurante francés a una hora poco concurrida y pide una mesa en los privados para dos. Va vestido de traje oscuro y lleva un portafolios voluminoso. El restaurante es de los más exclusivos de Nigeria y en él sólo se ve a comensales europeos. Le dan a Torres una mesa en el área privada, detrás de una cortina, y le llevan una botella de champán. Ordena caviar y trufas. A la mitad de la comida se levanta, va al baño y verifica que esté desierto. Se quita el traje, lo guarda cuidadosamente en el portafolios en un doble fondo, el mismo del que saca ropa deportiva y se la pone. Guarda el portafolios en el baño, verifica que la ventana esté abierta, se lava las manos y la cara, se pone unos guantes de látex y una máscara de Barack Obama, saca su pistola, verifica que tenga balas, la vuelve a guardar y se encamina a la cocina. Una vez dentro dispara dos veces al

techo, una a la pierna de un ayudante de cocina que se le va encima con una cacerola y otra en dirección al capitán de meseros, sin darle, a quien le indica que saque a todos del lugar. Luego toma al chef del cuello y le apunta con la pistola a la cabeza. Todos salen despavoridos de la cocina y luego del restaurante. Con mucha calma entonces, Torres le pregunta al chef, en perfecto inglés, si sabe algo acerca del yacimiento de petróleo. El chef no responde, así que Torres vuelve a preguntar.

—No —contesta por fin el chef, quien es por demás un negro bastante pequeño.

Torres lo suelta y le dice que corra a la salida. No necesita decírselo dos veces. Acto seguido, Torres corre al baño, saca el portafolios y se cambia en menos de treinta segundos. Vuelve a pensar que hubiera sido un actorazo, imaginando los cambios de ropa vertiginosos tras bambalinas. Guarda la ropa en el portafolios, al igual que los guantes, pero antes arroja la pistola y la máscara de Obama por la ventana. Vuelve a su mesa privada, donde permanece hasta que un mesero va en su búsqueda. Cuando ello sucede, Torres exige una explicación y que no le cobren la cuenta. El capitán de meseros se llena la boca de excusas y lo deja ir sin más.

Amancio A. Fulle llega a su casa, abre su correo electrónico, encuentra la comunicación de Torres y no puede evitar sonreír. Ve venir desde lejos todos los vericuetos y emocionantes recovecos que tendrá que rellenar, porque a fin de cuentas el toque maestro no se apunta solo, pero sabe que va a quedar estupendo. Además



Robert Kipniss, *Seclusion*, 2000



Robert Kipniss, *Vase with small branches*, 1999



Robert Kipniss, *Incandescence*, 2000



Robert Kipniss, *Garden shadows*, 2000

cada vez es menos lo que tiene que rehacer, puesto que Torres es un profesional completo. Recuerda cuando lo fue a ver por primera vez, iba en busca de aprobación para su propio trabajo y, en lugar de ello, le ofreció un puesto fijo y una buena vida a cambio de su silencio permanente. Desde entonces, y ya llevaban tres docenas, los resultados de sus colaboraciones seguían siendo todo un éxito. Sólo que ahora le preocupa que se lo hayan mencionado, y en televisión ni más ni menos. ¿Habrá hablado Torres? Pero ello significaría perderlo todo. No él, no; Amancio A. Fulle tenía demasiado nombre como para quedar opacado por semejantes acusaciones, pero Torres sí que lo perdería todo. No, no podía haber sido Torres, sería demasiado tarde, demasiado poco. Tenía que ser alguien más, y le molestaba mucho verse obligado a tratar de averiguar quién.

Torres llega a su hotel y en la recepción pide al conserje que le suba una botella del aguardiente más fuerte que pueda hallar. Además le pide que le reserve un medio de transporte que lo lleve de Lagos a Abuya en dos días, que mande a la tintorería la ropa deportiva que saca de su portafolios y que le envíe a una chica a su habitación; a cambio de estas cosas le entrega un buen fajo de nairas. Después sube y empieza a redactar. Lo que va saliendo le gusta, es un buen planteamiento y no deja cabos sueltos, que fue la crítica principal las últimas dos veces. Cuando le suben la botella de licor, usa la mitad para lavarse las manos e intentar borrar todo rastro de pólvora que se hubiera quedado a pesar de los

guantes y de las precauciones. Después se bebe el resto y enciende la televisión. Cuando sale el asalto al restaurante busca la noticia en el portal de la televisora y le envía a Amancio A. Fulle el texto de la nota y lo que recién acaba de redactar. Después escribe otro par de páginas, que le salen como agua de los dedos, en lo que llega la chica. Después, mientras ella se viste y él repasa los acontecimientos del día, Torres presiente que ésta va a ser la mejor aventura del agente Dark Johnson y piensa, pinche Fulle, ahora sí nos vamos a volar la barda.

A AAF no le toma mucho tiempo saber quién había sido la fuente de la información sobre Torres. La fuga de información viene directamente de una noviecita que Torres había tenido hacía años ya, cuando empezó a trabajar con él. La muchacha en cuestión le había comido la cabeza a Torres diciéndole que dejara de trabajar para él, que era mejor que eso, que podía escribir sus propias cosas sin estar a la sombra. Torres no dejó de trabajar con él, por supuesto, porque entendió desde el principio que aquella era la única forma en la que iba a lograr que miles de personas leyeran sus palabras, además de ser un trabajo estable, bien remunerado y relativamente cómodo. En resumidas cuentas, lo que Amancio A. Fulle le ofrecía a Torres era más que una vida cómoda y la entrada a un mundo mucho más grande que él; lo que la noviecita le ofrecía era una vida de ganar tres pesos como reportero cultural, tal vez, o como editor de alguna revistucha, o publicando poemas y libros de cuentos que nadie iba a comprar jamás, ni mucho menos a

leer. No, lo que Amancio A. Fulle le ofreció a Torres era el pase de entrada a la inmortalidad: convertirse en el verdadero Dark Johnson; lo único que le había pedido a cambio era que en verdad viviera todas las situaciones que escribía.

—¿Para qué? —había preguntado Torres aquella ocasión.

—Eso marca la diferencia —explicó AAF—, la realidad siempre supera a la ficción.

Al final había accedido al trato y todo había ido bien hasta entonces: Torres se había convertido, en más de un modo, en el alma del espía Dark Johnson. Con respecto a la noviecita, AAF ha resuelto no hacer nada por el momento; por si el problema sigue creciendo, había apartado una cantidad importante de dinero para sobornarla a ella, o a quien se pusiera enfrente.

Cuando Torres llega a Abuya, lo primero que hace es tomar un taxi, pero no directo al hotel, sino al zoológico, que tomaría una parte importante de la trama al ser el sitio donde Dark Johnson hallaría al león que tenía el chip en su pata delantera. El chip, por supuesto, contendría la ubicación de la válvula que empezaría a bloquear la distribución de petróleo en el mundo conocido y el punto de toque para acabar con la organización oculta que intentaría convertir su uso en un lujo absoluto. Por supuesto, la organización oculta estaría liderada por la mujer que lo seduciría hacia la mitad de la novela, lo cual haría que las cosas se complicaran. Pero por ahora, lo que necesita Torres es ver cómo es el zoológico. Le sorpren-

de ver una enorme cantidad de impresionantes grullas negras con penacho en una exhibición. Resultan ser las aves oficiales del país y Torres piensa un rato en el modo de hacer que quedaran incorporadas en la historia, pero no se le ocurre, de momento, cómo resolverlo.

Las preguntas no paran, muy al contrario, empiezan a multiplicarse. Peor aún, cuando Amancio A. Fulle intenta sobornar a la antigua noviecita de Torres ésta, lejos de aceptar el dinero, le dice que no es eso lo que está buscando, sino que se reconozca a Torres como el verdadero autor de veintidós de las veintinueve novelas de la saga de Dark Johnson. Para probarlo, había documentado todos los viajes y actividades de Torres desde hacía cuatro años, y eso, aunado a que había logrado conseguir un primer borrador de una de las primeras novelas que Torres había escrito para él, probaban fehacientemente que Amancio A. Fulle no era sino un farsante que había engañado a su público casi toda su carrera. AAF no es el autor de Dark Johnson, Fulle acusado de plagio, las mentiras de Fulle, rezarían los titulares. Amancio A. Fulle sólo alcanza a sentarse y a preguntar:

—¿Por qué?

—Hace años usted me quitó con engaños lo más importante que he tenido. Ahora es mi venganza. Recuperar o no a Ernesto me tiene sin cuidado, lo que quiero es quitarle a usted su objeto más preciado; y eso voy a hacer.

Al llegar a su casa, Amancio A. Fulle está deshecho. Sólo hay dos modos de parar el escándalo. El primero es



Robert Kipniss, *An island in the forest*, 2007

deshaciéndose de la noviecita y de su evidencia, pero es un trabajo que ni el mismo Torres estaría dispuesto a hacer, y lo peor es que ni siquiera está para proponérselo; está en Nigeria escribiendo la trigésima entrega de la saga. No, ni Torres ni nadie podía eliminar a la noviecita; sería demasiado obvio, las pistas llegarían directo hasta él y eso sería casi peor que la acusación, perdería no sólo la credibilidad sino el aura de Dark Johnson, quien nunca ha sido atrapado. La otra salida, la única en realidad era deshacerse de Torres.

Torres vuelve al día siguiente, por la tarde, al zoológico, pero no sabe bien por qué. Debería estar redactando el capítulo sobre el chip y el león y no de vuelta en aquel lugar. De todos modos se halla ahí, así que se acerca nuevamente a la jaula de los leones. En ese momento sabe que debe esperar a que oscurezca para meterse en el recinto, matar a un león, abrirle la pierna y sacar el chip, que no existe. Esta certeza hace enfadar a Torres, quien ya había decidido que aquella parte de la saga podía escribirse sin hacerla. AAF no iba a preguntar por las noticias de un león muerto y era un riesgo menos. Pero algo que no comprende lo impulsa a hacerlo de todos modos y no puede parar, así que busca un lugar para esconderse hasta después del cierre del parque. A la media noche, Torres se inserta en el recinto de los leones rompiendo una cerradura y se acerca sigilosamente hacia el sitio donde los leones no duermen aún. Sin pensarlo se le va encima a uno de ellos y le encaja una daga en el cuello. Pero el ani-

mal reacciona y le da un zarpazo en el pecho y otro en el rostro. La vista se le nubla a Torres, quien alcanza a hacer un corte en la pata derecha delantera del felino antes de salir del recinto. Está cubierto de sangre. No soy un espía, se dice. Soy, a lo mucho, un actor y ésta es mi mejor actuación, sí. Tropieza y cae al suelo. No, piensa, sólo soy un escritor fantasma, un negro más. Torres se arrastra por entre los recintos de los animales, tiene que salir de ahí. Se apoya en una reja y trata de relajarse.

Sin darse cuenta de dónde está, Dark Johnson se precipita hacia adentro del recinto de las grullas negras. Está perdiendo mucha sangre y lo sabe, pero no puede hacer más. Una grulla se le acerca y lo mira. Dark aprieta el chip en su mano, el pedazo de silicón negro que está a punto de costarle la vida. Tantos enfrentamientos, tantos viajes, tantos escapes imposibles para terminar muerto por las garras de un león. Es absurdo, lo sabe, las cosas no deberían haber terminado así. Intenta ponerse de pie nuevamente, pero no lo consigue. Lo único que alcanza a hacer es a meter la mano a su bolsillo izquierdo y sacar una cápsula. Primero se mete el chip a la boca y traga, luego se mete la cápsula entre las muelas y muerde. Un fuerte olor a almendras invade el ambiente. Un coro de trompetas toma el lugar de las grullas y Dark Johnson cierra los ojos.

Amancio A. Fulle deja de teclear y se levanta de su asiento. El negro destino de AAF es no volver a escribir jamás. Es el fin, no hay más que hacer. **U**



Robert Kipniss, *Winter nocturne*, 2004



Robert Kipniss, *Ghost mountain*, 2006